

que se detoviesen atrás; pero los chripstianos, como tenían ya costumbre de hacer la paz con ellós, luego començaron á gritar diciendo *o o o*, alçando los braços y echando las armas en tierra, y ellas echaban assi mesmo los arcos, é hacían las mesmas señales, é luego corrieron los unos para los otros y se abraçaron.

Decía este padre don Johan que él ni alguno de los chripstianos (que allí se hallaron) no llegaban con las cabeças á sus miembros vergonçosos en el altor con una mano, quando se abraçaron; y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo. Luego los chripstianos les dieron cascaveles y agujas, y otras cosas de poco presçio; é los cascaveles ensartábanlos en hilós é poníanlos en las piernas; é como se meneaban y oían sonido dellos, daban brincos y saltos con ellos y espantábanse de los cascaveles, é con mucha risa goçábanse, maravillados dello. Yo quise informarme que cómo sabían esos chripstianos y el clérigo que lo ques dicho era la costumbre de se hacer la paz con essas gentes gigantéas: é díxome que ya avian visto antes de aquestos hombres, como adelante se dirá en el capítulo siguiente. Los arcós eran cortos y

reçios y anchos, de madera muy fuerte, y las flechas como las que usan los turcos y con cada tres plumas, y los hierros dellas eran de pedernal, á guisa de harpones ó rallones bien labrados. É son muy grandes punteros y tiran tan çierto como nuestros ballesteros ó mejor. Traen en las cabeças unos cordeles, en torno sobre las orejas, y entrellas y la cabeça ponen las flechas, á guisa de guirnalda con las plumas para arriba, y de allí las toman para tirar; y desta manera salieron aquellas mugeres. Es gente bien proporcionada en la altura ques dicho: andan desnudos que ninguna cosa traen cubierta sino las partes menos honestas de la generaçion, é allí traen delante unos pedaços de cuero de danta. Este nombre danta dánsele los chripstianos á aquellos cueros, no porque sepan que son de dantas: que á la verdad no lo son; sino unos animales que tienen el cuero grueso, como de danta ó mas. Adelante, quando se hable en las cosas de Castilla del Oro, se dirá mas largamente qué animales son estos, porque segund lo que entendí deste padre clérigo, son los mismos animales que en la provincia de Cueva llaman beorí, donde yo los he visto y comido en la Tierra-Firme.

CAPITULO VII.

De lo que acaesçió al clérigo don Johan de Areyçaga y sus compañeros con los palagones gigantes, é de la prosseuçion de su camino en busca de las naos y armada.

Assi como las mugeres gigantas que es dicho hiçieron las paçes con esos chripstianos, lleváronlos á sus ranchos donde vivian, é apossentáronlos uno á uno por sí separados por los ranchos: é diéronles ciertas rayçes que comiessen, las quales al prinçipio amargan; pero usadas, no tanto, y diéronles unos muxiliones grandes, quel pescado de cada uno era mas de una libra y de buen comer. No desde á media hora questaban en los ranchos, vi-

nieron los hombres dessas mugeres de caça, é trayan una danta que avian muerto, de mas de veynte ó treynta arrelde; la qual traya á cuestras uno daquellos gigantes, tan suelto y sin cansançio, como si pessara diez libras. Assi como las mugeres vieron á sus maridos, salieron á ellos, é dixéronles cómo estaban allí esos chripstianos, y ellos los abraçaron de la manera que se dixo de susso, y partieron con ellos su caça, y començaron

de la comer cruda como la trayan, quitando lo primero el cuero, y dieron al clérigo un pedaço de hasta dos libras. El qual lo puso al fuego para lo assar sobre las brassas, y arrebatólo luego uno daquellos gigantes, penssando que el clérigo no lo queria, é comióselo de un bocado, de lo qual pessó al clérigo, porque avia gana de comer y lo avia menester. Comida la danta, fueron á beber á un poço, donde estos chripstianos fueron asimesmo á beber; y uno á uno bebían los gigantes con un cuero que cabia mas de una cántara de agua, é aun dos arrobas ó mas: y avia hombres daquellos palagones que bebían el cuero, lleno tres veces á reo, y hasta que aquel se hartaba, los demas atendían.

Tambien bebieron los chripstianos con el mismo cuero; y una vez lleno, bastó á todós ellos y les sobró agua, y maravillábanse los gigantes de lo poco que aquellos chripstianos bebían. Como ovieron acabado de beber, se tornaron los unos y los otros á los ranchos, porque el poço estaba desviado dellos en el campo, é ya era anochesçido, é aposentáronlos uno á uno como ya se dixo.

Estos ranchos (*lám. 1.^a fig. 1.^a*) eran de cuero de danta, adobado como muy lindo y polido cuero de vaca, y el tamaño es menor que de vaca; y pónenlo en dos palos contra la parte de do viene el viento, é todo lo demas es estar descubierto al sol y al agua: de manera que la casa no es mas de lo que es dicho, y en esso consiste su habitaçion, é toda la noche estan gimiendo y tiritando de temblor del exçesivo frio (porques frigidíssima tierra á maravilla); y es nescessario que lo sea, porque está en los çinquenta y dos grados y medio de la otra parte de la equinoçial, á la parte del antártico polo. No hacen fuego de noche, por no ser vistos de sus enemigos, y de continuo viven en guerra, y por pequeña causa ó antojo mu-

TOMO II.

dan su pueblo y casas sobre los hombros y se passan á donde quieren: que son tales como he dicho. Esta veçindad ó ranchos eran hasta sessenta ó mas veçinos, y en cada uno dellos mas de diez personas. Toda aquella noche estovieron estos pocos españoles con mucho desseo y temor, esperando el dia para se yr, si pudiesen, en paz á donde avian dexado su nao; la qual quedaba mas de quarenta leguas de allí, y no tenían que comer ni dineros para lo comprar, y caso que los tovieran, aquella gente no sabe qué cosa es moneda. Quando á la mañana se despidieron de los gigantes, fué por señas no bien entendidas de los unos ni de los otros; y guiaron los españoles háçia la ribera y costa, por ver si hallarian con diligencia alguna señal ó vestigio de las naos, porque como tengo dicho, allá estuvieron surtas la capitana y otras dos.

Bien creían estos compañeros, segund este clérigo decía, que aquellos gigantes hiçieran lo que despues hiçieron, sino fuera por un perro que llevaban consigo, de quien aquella gente temia mucho; porque el perro se mostraba tan feroz y bravo contra ellos, que apenas lo podían tener los chripstianos ó refrenar su denuedo. Assi como llegaron á la costa, vieron maderos y çepos del artillería y botas que la nao, con la fortuna que se dixo, avia alijado; y por esto sospecharon lo que les avia acaesçido, é prosiguieron su camino. É quando fué de noche, llegóronse á la costa y hallaron algund marisco y lapas que comieron crudas, y echáronse á dormir, haciendo hoyos en el arena y cubriéndose con ella, exçepto las cabeças; é passaron essa noche mucho frio y hambre, allende de su cansançio.

El dia siguiente atravessaron por valles y montes, creyendo atajar su viaje, sin hallar qué comer sino unos granitos que nasçen en aquellos campos, fructa no conocida ni mala; y tambien hallaban al-

gunas endrinas salvages y no de buen sabor, y algunos ratones, con que se yban alimentando y supliendo su necesidad, á falta de otros mejores manjares. É aviendo por muy buenos aquellos que les escusaban de morir de hambre, é siguiendo su camino, se les quedó el perro, que no les pudo seguir de hambre y sed y de despeado. Algunos decían que era bien que se lo comiessen, y el clérigo y otros fueron de contrario parecer; y assi passaron aquel dia con trabaxo y sin comer; pero hallaron agua mucha y buena. Y en la noche pararon en un valle, á donde no tuvieron otro refrigerio sino harto heno, con que se cubrieron y les fué mucho socorro, para el grandísimo frio que padescían. El dia siguiente, continuando su jornada, perdieron un compañero, que se decía Johan Perez de Higuero, y quedaron el clérigo y los otros dos hombres: é quando quiso amanecer, vieron mas de dos mill patagones ó gigantes (este nombre patagon fué á disparate puesto á esta gente por los chripstianos, porque tienen grandes piés; pero no desproporcionados, segund la altura de sus personas, aunque muy grandes mas que los nuestros); y venian hácia los chripstianos, alçando las manos y gritando, pero sin armas y desnudos. Los chripstianos hicieron lo mismo, y echaron las armas en tierra, y fuéronse á ellos, porque como tengo dicho, está es la manera y forma de salutación ó paz que aquellas gentes usan quando se ven con otros, é abráçanse en señal de seguridad ó amor. É assi se hizo, y fecho aquesto, alçaron á estos tres chripstianos de uno en uno sobre las cabeças, y lleváronlos un quarto de legua grande de allí á un valle, donde avia un grand número de ranchos, segund los que quedan dichos, á manera de grand cibdad, armados en aquel valle. Y luego hicieron traer sus arcos y flechas y penachos para las cabeças y tambien

para los piés: é desque ovieron tomado los arcos y penachos, los tornaron á alçar y movieron de allí, é apartados una legua grande de los ranchos que ya no los podian ver, tornaron á tomarlos en pesso y despojáronlos; é traían entre manos estos chripstianos, mirándolos como espantados de ver su pequeñez y blancura, é trabábanlos de sus naturas, é parte por parte, quanto tenia la persona de cada español destes, palpaban y consideraban. É los traían assi entre sí con mucho bullicio, tanto que esos pecadores españoles sospecharon que los querian comer, é que quisieran tambien informarse del gusto de tal carne y ver que tales eran de dentro en lo interior de sus personas: y assi con mucho temor se encomendaban á Dios el clérigo, don Johan de Areyçaga, y sus compañeros. É quiso Nuestro Señor socorrerlos en tanta necesidad y librarlos desta salvage generacion gigantéa, porque muchas veces armaron los arcos y pussieron flechas en ellos, haciendo señales que los querian tirar y asaetearlos. Passadas tres horas ó mas que en esto passaban tiempo, vino un mançebo que en su aspecto parescia muchacho, y con él otros veynte gigantes, los cuales traían sendos arcos y sus flechas, y cubiertos los estómagos con unos cueros blandos y peludos como de carneros muy finos, y con muy hermosos penachos blancos y colorados de plumas de avestruces. Al qual cómo le vieron los otros gigantes, todos se sentaron en tierra, é baxaron las cabeças, y hablaron algun poco entre sí, como quien reça en tono baxo, y ninguno alçaba los ojos del suelo, aunque eran mas de dos mill los que avian despojado á estos tres chripstianos, que cada momento pensaban que sus dias eran cumplidos, y que aquel gigante mançebo debiera ser su rey, é que venia á dar conclusion en sus vidas. Lo que pudieron entender fué que les paresció á estos españoles que aquel

gigante mançebo reprendia á los otros, y tomó al clérigo don Johan por la mano y lo alçó en pié: el qual, aunque parescia de diez y ocho ó veynte años, y el don Johan de veynte y ocho ó mas, y era de buena y mediana estatura y no pequeño, no llegaba á sus miembros vergonçosos en altor. É puesto en pié llamó á los otros dos españoles, é híçoles señal con la mano que se fuessen: é al dicho don Johan uno de los veynte que vinieron á la postre con aquel capitan ó rey mançebo, le puso un grand penacho en la cabeça. É assi se partieron en carnes desnudos estos tres compañeros, é no osaron pedir sus vestidos; porque viendo la liberalidad de aquel principal, sospecharon qué pensó que assi debian andar, y que si híçieran señas pidiendo la ropa, que aunque se la mandasse dar, tomara saña y haria algund castigo en los primeros gigantes: é ovieron por mejor no le alterar é yrse sin los vestidos, pues les dexaban las vidas. É prosiguieron su viage por la costa con grandísima hambre y sed y frio; y llegados á la mar, hallaron un pescado muerto que parescia cóngrio, quel agua le avia echado en la playa, é comieronle crudo y no les supo mal.

Traían aquellos gigantes pintadas las caras de blanco y roxo y jalde, amarillo y otras colores: son hombres de grandísimas fuerças, porque decía este clérigo don Johan que á todos tres servidores, ó cámaras de lombardas de hierro, tan grandes que cada servidor ó vèrso pesaba dos quintales ó mas, los alçaban de tierra con una mano en el ayre mas altos que sus cabeças. Traen muy hermosos penachos en las cabeças y en los piés, y comen la carne cruda y el pescado assado y muy caliente. No tienen pan, ó si lo tienen, estos chripstianos no lo vieron, sino unas rayças que comen assadas y tambien crudas, y mucho marisco de lapas y muxilones muy grandes assados, y hos-

tias mucho grandes, de que se puede sospechar que tambien serán las perlas grandes. En aquella costa mueren muchas ballenas sin que las maten, é la mar brava las echa en la costa, y aquestos gigantes las comen.

Decía este padre clérigo que antes de todo lo que es dicho, estando seys gigantes destes en una nao desta armada, este clérigo y otros dos compañeros salieron en tierra, por ver algo de las costumbres desta gente, y que llegados en un valle, donde hallaron ciertos gigantes destes, los quales se sentaron en rengle, é hicieron señas questos españoles se sentassen assi entre ellos, y lo hicieron; luego truxeron allí un grand pedaço de ballena de mas de dos quintales, hediendo, y pusieronle parte dello delante del clérigo y sus compañeros, y ello estaba tal, que no lo quissieron; y los indios començaron á cortar con unos pedernales que cada uno traía, y en cada bocado comian tres ó quatro libras ó mas. É volvieron con ellos á la nao, é diéronles cascaveles y pedaços de espejos quebrados y otras cosas de poco valor, con que ellos mostraban yr muy ricos y goçosos; y espantábanse mucho de los tiros del artilleria y de todas las otras cosas de los chripstianos.

Tornando á la historia y camino del clérigo y sus dos compañeros, decía que llegados desnudos á la playa, vieron la nao Sanct Gabriel que venia á la vela en busca del batel suyo, que estaba con el patax, y á decir al capitan Sanctiago de Guevara cómo las naos estaban en el rio de Sancta Cruz, y que aviendo tiempo fuesse á la bahia, donde las naos hicieron echaçon, é que tomasse los çepos y cureñas del artilleria de bronçe, é fecho esto, se fuesse á Sancta Cruz; é assi se hizo. É ya esto era dos dias de março del año de mill é quinientos y veynte y seys: é assi se recogieron el clérigo don Johan

y sus dos compañeros al patax, dando infinitas gracias á Jesu-Chripsto que los avia librado daquellos gigantes de la manera que está dicho.

CAPITULO VIII.

De algunas particularidades desta gente de los gigantes, y de las aves y los pescados y otras cosas de que tuvieron noticia los desta armada.

Estos gigantes son tan ligeros, segund este clérigo don Johan de Areyçaga testifica, que no hay caballo bárbaro ni español tan veloce en su curso que los alcance. Quando baylan toman unas bolsas çerradas y muy duras de cueros de dantas, y dentro llenas de pedreçuelas: y traen sendas destas bolsas en las manos, y pónense tres ó quatro dellos á una parte y otros tantos á otra, y saltan los unos hácia los otros abiertos los braços, y meneándolos hacen sonar las pedreçuelas de las bolsas, y está les tura todo lo que les paresçe ó es su voluntad, sin cantar alguno. É parésceles á ellos una muy extremada melodia y música, en que tienen muy grand contentamiento, sin dessear la çithara de Orpheo ni aquel su cantar, con que fingen los poetas que mitigó á Pluton é hizo insensibles las penas de Tántalo y Sísipho y de otros atormentados en el abismo.

Tornando á nuestro propósito, son muy grandes braçeros estos gigantes; y tiran una piedra á rodeabrago muy réçia y çierta y lexos, de dos libras y mas de pesso. Es gente muy alegre y muy regocijada.

Queriendo este clérigo, don Johan de Areyçaga, vengarse de la injuria que le hicieron, quando le despojaron como se dixó en el capítulo preçedente, algunos destes gigantes venian al patax, y él quiso tomarles los arcos y maltractarlos. Y un dia uno llegó á la costa y començó á dar voçes, para que lo tomassen en el batel, y este padre clérigo y otros fueron por él;

pero cómo era saçerdote, passósele la malenconia y no lo quiso maltractar, é aunque los otros chripstianos le querian matar, no lo consintió él: y lleváronle á la nao y diéronle de comer muy bien pescado y carne: quel pan no lo quiso, ni lo comen estos gigantes, ni tampoco quieren vino. Y diéronle donde durmiesse aquella noche debaxo de cubierta; é desque fué echado, çerraron el costillon y cargáronle dos ó tres servidores de lombardas grandes, y una caxa grande, llena de ropa. Y desde á poco espacio el gigante congoxado de estar allá baxo, y no le contentando aquel çerrado dormitorio, quiso salir de allí, y pusso los hombros al escotillon y todó lo levantó y se salió fuera. Y viendo esto los chripstianos y gente de la nao, pussiéronle en otra parte, donde estuvo, no çessando en toda la noche de cantar y dar voçes; y á media noche pensó que los chripstianos dormian, é quísose yr sin el arco y las flechas quel clérigo le tenia á guardar en una caxa, y en cambio hurtóle un gentil chapeo. Y cómo los de la nao lo entendieron, detuviéronle hasta la mañana, é diéronle su arco y sus flechas, y entre un pedaço de cuero, quel traía delante del estómago, metió el chapeo del clérigo y se fué. Son tan salvages, que piensan que todo es comun, y que los chripstianos no se enojan de lo que les hurtan; y assi tornaba despues el mismo gigante, y por señas daba á entender con mucho plaçer cómo habia hurtado el chapeo. En aquella costa hay mucho pescado y muy bueno y de muchas maneras

Hay diversas aves y muchas raleas dellas assi grandes como pequeñas. El manjar destes gigantes es el que se ha dicho daquellas dantas y ballenas y otros pescados, y unas rayçes buenas que paresçen chiribias, las quales tienen mucha substancia, y es gentil mantenimiento, y cómense curadas al sol crudas y tambien assadas y coçidas.

Hay unas aves tan grandes como ánsa-

res, que no saben ni pueden volar, porque no tienen alas, sino unos alones como de toñina, ú otro pescado de aquella manera, y en todo lo restante tienen muy linda pluma, sino en las alas ó aletones que no tienen alguna: de las quales aves estos españoles tomaban muchas, é desollábanlas para comerlas. Deçia este padre clérigo que eran de mediocre gusto y buen manjar.

CAPITULO IX.

En continuacion del viaje de la armada que fué con el comendador, frey Garçia de Loaysa, y de algunas particularidades del rio y puerto de Sancta Cruz y de aquella tierra.

A ocho de março de mill é quinientos y veynte y seys, salió el patax del Cabo de las Onçe mill Virgines, y surgió media legua de la tierra á la parte del Sur, é garçando quassi hasta dar en la costa, y quiso Dios dexarlos salir; pero con mucho trabaxo y alijando, é de banco en banco toda la noche, á extremado peligro, y no çessando de hacer peregrinos y votos, pensando ser perdidos. Y salidos deste trabaxo, vieron la tierra de Sancta Cruz, donde las otras naos estaban; y á los onçe de aquel mes de março entró el patax en el puerto é halló la nao capitana y la nao Sancta Maria del Parral y la nao Sancto Lesmes. Mas el capitan general ni los otros que estaban en aquel rio, no sabian de la nao Anunçiada ni de la nao Sanct Gabriel: por lo qual el general envió el batel al patax, aunque estaba surgido media legua apartado, para quel maestro Sanctiago de Guevara y aquel clérigo don Johan fuessen á la nao capitana, é assi lo hicieron. Y llegados, dixeron al general quel capitan Sanctiago de Guevara avia enviado á deçir á la nao Sanct Gabriel y al capitan della que enviasse çinco ó seys quintales de vizcocho, porque les faltaba pan para su nao, y que no çuró, sino al-

có sus áncoras, y no tan solamente les envió el vizcocho, pero tomó el batel y çatorçe hombres que yban por ello, y fuese la vuelta de aquel mismo puerto de la Sancta Cruz, do estaba el capitan general; y que pues no era venido, aviendo tenido buen tiempo, crefan que se avrian vuelto para España.

Aqueste rio deste viaje se le pusso este nombre Sancta Cruz, y está veynte leguas desta parte del Cabo de las Onçe mill Virgines hácia la equinoçial: tiene de anchura legua y media, y la marea sube siete braças en alto, y es tan réçia la corriente, que no basta batel alguno para poder yr á tierra, en tanto que andan las corrientes, sino es quando se estanca la plea mar: é de baxa mar hay çinco braças de fondo, y en la plea mar doçe; y siendo la mar baxa, queda dulce el agua del rio. Y allí hicieron aguada con la jusente ó baxa mar, oradando el costado á las naos, y poniendo una manga de cuero á las tapas de las pipas que quissieron henchir, é desta manera tomaron toda el agua que quissieron. En este rio, á una legua del embocamiento dél, está un isleto llano, en el qual seyendo la mar baxa, quedan en seco unos leones marinos muy